

Mari Pepa Mendoza

Lucía BAQUEDANO



Lucía Baquedano

Hace poco tiempo, y sabiendo la ilusión que me haría, me regalaron un viejo cuento de Mari Pepa, y al abrirlo me pareció que me sumergía en un mundo maravilloso que yo creía perdido: el de mi infancia.

En aquellas ilustraciones volví a encontrarme a mí misma, y me veía devorando las aventuras de la traviesa Mari Pepa, que solía llevar lo que entonces era la última moda, medias blancas hasta la rodilla, sujetas por un cordón con dos pompones. Y veía otra vez las coquetas zapatillas de su madre, que ninguna de las madres que yo conocía tenía unas así, tan elegantes, de topolino tacón, sin talón y bordeadas por una pielecita que yo imaginaba de armiño... y estaban Jose Antonio y Santi, y Rufa y Juana y tía Concha con su aspecto de modelo de alta costura.

27

Y estaba Mari Pepa...

Lo que más llamaba la atención de ella en aquellos tiempos en que a todas las niñas nos peinaban con trenzas, era su pelo rubio de hermosos rizos, que su ilustradora María Claret lo hacía parecer hueco y brillante con sólo dos o tres trazos de su pincel.

Acababa de cumplir ocho años cuando conocí a Mari Pepa Mendoza, en dos libros que nos trajeron los Reyes a mi hermana y a mí: *Mari Pepa en el colegio*, y *Mari Pepa en Galicia*.

Para entonces yo había leído muchísimos cuentos. Me había divertido con *Las medias del Gran Duque*, asustado con *El mago de la luz verde*, impresionado con *El médico ambicioso* e inquietado con *El castillo de las siete tortas*. Conocía a Juan sin miedo, al Sastrecillo Valiente, al Rey Cuervo, a Cenicienta, al Patito feo y a Pinocho. Y entre todos ellos se coló la niña del pelo rubio y rizado para llegar hasta mí. Porque sus cuentos influirían sobre mí de un modo especial.

Para vivir las aventuras de Mari Pepa yo no tenía necesidad de transformarme ni en hada ni en bruja ni en duende, ni en princesa, ni en desdichada huérfana, que eran los personajes que hasta entonces habían protagonizado las historias que leía. Me bastaba con ser yo misma para

vivir el mundo que me brindaba Mari Pepa. Porque era como yo, aunque en su vida se presentaran situaciones mucho más divertidas que en la mía y fuera ella tan ingeniosa.

Porque sus amigas, Mari Chari y Angelines, podían muy bien ser mis amigas, y en todos los colegios hay siempre una Armandita tonta y presumida que hace la vida imposible a las demás.

Tenía además una familia normal, como la mía (más acomodada: tenían cocinera y doncella). Sus padres, sus hermanos, la elegante tía Concha, y también lo que siempre envidié porque no conocí: una abuelita de pelo blanco, vestida de lila o gris perla, que sabía tocar el piano y se lamentaba de lo mucho que los profesores exigían a sus nietos en el colegio.

Me encantaron aquellos dos cuentos y como había muchos más, que poco a poco iban llegando a las librerías, comencé a reunirlos fielmente. Recuerdo la expectación con que me acercaba a los escaparates para ver si había salido ya el que anunciaba la contraportada del anterior. Próximamente... y ahí el título que tendría, ponía siempre.

Y si estaba ya allí, comenzaba con las súplicas a mi madre, y las promesas de lo bien que iba a portarme, de ser buenísima si me lo compraba enseguida.

Después venía aquel momento tan maravilloso. ¡Pero si sólo su recuerdo me emociona! Cuando lo tenía en las manos y comenzaba a leerlo... Aquello no podía compararse a ninguna de las otras cosas buenas del mundo, porque nada podía haber mejor que perderse en las callejuelas de Sevilla y ser perseguida por una sombra oscura, atrapar a don Gumersindo, el vecino del primero, en el ascensor y subirlo arriba y abajo un montón de veces, o montar aquel espectacular Nacimiento en el colegio aportando una cosa de cada miembro de la familia, sin que ninguno de ellos tuviera idea de su colaboración, hasta descubrir en él los objetos que habían ido echando en falta.

28

Por si esto fuera poco, cada uno de los libros incluía unos muñecos con sus vestidos, que era estupendo recortar, ya que eran la propia Mari Pepa, sus hermanos o amigas y con ellos solía representar el relato leído, u otro cualquiera que se me ocurriera, así que era tan gratificante leer como jugar.

Cuando ahora, ya adulta, vuelvo la vista atrás y contemplo a la niña que fui, la veo casi siempre leyendo, y aquellos veinticuatro cuentos de Mari Pepa que llegué a tener parecen destacar entre todos los demás, como si la chiquilla de los rizos rubios, los sonrosados carrillos y los pilluelos ojos se fundiera conmigo.

Los cuentos de Mari Pepa dejaron de editarse coincidiendo con el fin de mi niñez y eso me satisface, porque parece confirmarme en la idea de nuestra fusión, de nuestra inquebrantable amistad.

Comenzaron a apasionarme otros héroes, como Tom Playfair y Pepe Ranly, creados por el padre Finn, y ya en mi adolescencia mis sueños se llenaron con las intrépidas hazañas de Ivanhoe, Robin de los Bosques, Lanzarote del Lago, los piratas de Salgari, Miguel Strogoff y el capitán Nemo, que también desaparecerían discretamente de mi vida para dejar paso a tantos y tantos nuevos personajes, protagonistas de cuantas historias he ido leyendo hasta hoy, y que seguramente sin Mari Pepa no hubiera llegado a conocer.

Por eso, cuando en mis visitas a colegios me encuentro a veces con maestros que ponen en duda el valor de la literatura infantil y juvenil me sorprende y no puedo menos que recordar aquellos libros, que haciéndome disfrutar, me pusieron en el camino que me llevaría a los grandes autores, a las grandes obras a las que acaba acercándose todo gran lector.

También es verdad que, tras leer el viejo cuento de Mari Pepa, me pregunté si sus ingenuas aventuras gustarían a los niños de hoy. Si en estos tiempos de *top-less* y tangas, aceptarían como normal a un señor con bañador de cuerpo entero, para poder confundirlo con una ballena, como les ocurrió a Mari Pepa y sus hermanos, que incluso arponearon con el pequeño remo de su barca hinchable al barrigón bañista que plácidamente hacía la plancha en la bahía de La Concha.

Tal vez a los chicos de ahora, que navegan por Internet, no se les ocurriría vaciar la maleta de su padre y ocupar el lugar de la ropa, como hiciera Mari Pepa cuando quiso viajar a Barcelona, ni desplumar a todas las gallinas de un gallinero cercano para vestirse de indios a la hora de interpretar una obra de teatro, cuando en cualquier tienda cercana se puede adquirir un completísimo disfraz que haría palidecer de envidia al mismísimo Toro Sentado.

Es verdad que los niños han cambiado, pero también los libros. Existe hoy sin duda una Mari Pepa que hará soñar a cada pequeño lector, aunque puede que ahora se llame Manolito, Matilde o Nicolás. O tal vez sean Las Gemelas, Los Cinco, Pumuky, Fray Perico o Victor y Cía.

Lo importante es que le ayudemos a dar con ese personaje, para que convirtiéndose en su mejor amigo, le lleve paso a paso a encontrarse con García Márquez, Quevedo, Galsworthy, Delibes y Steinbeck. Con don Quijote y Sancho.

29



Lucía Baquedano, vida y obra

Teresa BELLIDO *

Lucía Baquedano Azcona nació en Pamplona el 18 de diciembre de 1938. Estudió secretariado y ejerció esta profesión durante nueve años en una empresa de Pamplona. Al casarse dejó su trabajo y su ciudad y fue a vivir a Tarragona. Posteriormente volvió a Pamplona y allí nacieron sus cuatro hijos.